

«El Cante gitano es lo único que tengo»

Luis Soler Guevara



El cante y el toque gitano-andaluz representados por Antonio Mairena y Manuel Morao

Cualquiera que se haya acercado a él para hablar de cante intuye y valora la emoción que traducen sus palabras. La gloria le llegó hace muchos años, sin embargo huyó del estrellato que cambia a las personas. Vive como un guitarrista de a pie, pero con una modesta empresa que él dirige, dedicada, cómo no, a actividades artísticas. Loable su sencillez y su humildad de hombre de bien. Un guitarrista de a pie tras tocarle cientos de noches nada menos que a D. Antonio Mairena, a Terremoto, Tío Borrico, Viejo Agujeta; de grabar cientos de discos, de dirigir incontables espectáculos con su saber hacer. *¡Casi na,* lo que ha hecho y escuchado ese gran guitarrista!, Sin embargo, pese a que otros se lo nieguen, incluso en su tierra, tiene un enorme crédito a sus espaldas. Eso ya no se lo quita ni el Copón Bendito.

Manuel, con cierto dejo de amargura, ve de pasar el tiempo en su Jerez natal envuelto en sus recuerdos de antaño y en sus





Con ello no pretendemos elevar a la persona de **Manuel Morao** a la categoría de trasnochados. ¡Ni mucho menos! Quizás eso lo sueñan algunos y lo deseen muchos más. Si en **Manuel** hay algo de esto, ello es una gran virtud. Tiene la valentía de decir lo que se siente y la libertad de no ser amigo de todos, y esto, aunque roce con la vanidad, le llena de orgullo. La hipocresía social nunca fue uno de sus fieles aliados.

Su apego y coherencia a lo único que tiene como propio, su cante gitano, es un compromiso para él irrenunciable. De ahí no lo baja ni una grúa. Esa es su verdad sagrada. El cante, como él lo siente, es algo más que un alimento para el espíritu. Quienes no se han dejado cautivar por él no saben lo que han perdido, y quienes negándolo se aprovechan de su valor y alcance histórico, no merecen más aplausos que el olvido y la ignorancia.

Cuando una persona atraviesa la frontera de los 70 años, y se confirma en esos pronunciamientos, le asiste una razón muy poderosa, la que mantiene con su lucha día tras día, aportando nuevos horizontes enraizados en sus predecesores. Con denodado esmero sigue ofreciendo y ofertando los pareceres genuinos de su cuna en forma de espectáculos que generan la envidia de muchos.

quehaceres cotidianos. Ya nada es igual para él. Del pasado, al igual que muy pocos, sólo olvida las cenizas, pero sigue acariciando el fuego del cante, del cante gitano. Definición esta que últimamente parece pecado sólo el pronunciar su término, no digamos el defenderlo delante de muchos, y sobre todo, de aquellos que están instalados en la monotonía y en la mediocridad de un arte al que sujetan a frívolas veneraciones y peores manejos.

Manuel prefiere el aislamiento voluntario que la compañía de galgos y podencos. Apenas si habla de estas cosas, pero no rehúsa el envite. Aunque no somos muchos los que le prestamos atención, no faltan nunca los que le atacan aprovechándose de las debilidades de cualquier ser humano, estrategia esta que encierra una gran maldad, pero que éstos no la gastan con otros personajes y artistas que se sienten valedores y transformadores de una cultura de fuerte raigambre, en un flamenco ramplón y de plástico.

Todo esto y mucho más, él lo denuncia. Jamás se ha prestado al juego sucio de formar ídolos de barro. Ello le ha creado no pocos enemigos. Bien ganado los tienen aquellos que no venden su orgullo y dignidad por un plato de lentejas. A él no se le perdona nada. Por el contrario no faltan los destructores de imágenes ajenas, los que actúan de perdonavidas de determinados artistas, y a los que instalan una corona de oropeles y ensanchan sus espaldas con el coqueteo de los aplausos de cuatro famosos sin conocimientos ni sensibilidad para nuestro arte.

Fernando Terremoto es acompañado por la guitarra de Manuel Morao en la Peña Flamenca de Jaén.





Manuel Morao es un hombre como muchos, con muchas y tremendas dudas pero a la par poseído de una gran verdad: la herencia y solidez de su cultura. Ésta que nadie se la puede hurtar, forma parte de sus genes, de sus vivencias y de su saber estar. Por ello no huye de la pelea, más bien esa es también la razón de su vida. Hacer cosas por el cante gitano, el que otros lo aprendan y lo hagan suyo, el que no se pierda eso que tanto te apasiona.

Suerte para aquel que ha sabido descubrir una razón tan poderosa para seguir viviendo, para seguir alimentando su ser y su sentimiento. Él ama la cultura de su pueblo como pocos. ¿Qué más se le puede exigir a un hombre que ha gastado gran parte de su vida en tan noble menester, y que pese a sus años continúa en esa tarea?

Él no se conforma con ese inmenso océano andado, el suyo, como artista que fue y que es, va mucho más allá. Sin embargo, para muchos, como expulsado de un mundo que ya nunca podrá ser el suyo, también camina en su silencio amarrado a un ascua que aún conforta su aliento. Lo que le convierte en protagonista de su propio hacer.

En su filosofía sus añoranzas no forman parte de su ser artístico, más bien caminan en la orilla de una incertidumbre en la que se ha precipitado cuan locos despavoridos una legión de artistas y mecenas, que no les importan qué término adobarle al cante si con ello consiguen placeres y beneficios.

¿Qué puede sentir un hombre como él, que ha convertido el cante en trozos de vidas, en cuajos de sangre, en el más enloquecido amor por una cultura como la suya, en la más irracional de las pasiones, en el sentimiento más profundo de su ser? Sus vivencias le trabaron a un tronco del que nunca pudo ni quiso zafarse. Ese fue su amanecer, es su presente y también será su crepúsculo. ¿Para qué mayor gloria?

Tomás el Chaqueta, custodiado por los cuñados Manuel Morao y Terremoto de Jerez.

